

# LA ESTRELLA BALEAR.

*Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.*

*Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.*

## Enriqueta.

### CAPITULO I.

#### La barrera del combate.

Perros devoradores.

RACINE.

Hablais del asno de Sterne; hubo un tiempo en que su muerte, seguida de su oracion fúnebre, hacia derramar lágrimas dulces. Tambien escribo yo la historia de un asno, pero descuidada, que no me contentaré con la sencillez del *Viage sentimental*, y eso por muchas razones. Además de que esa naturaleza vulgar nos parecerá insípida en el dia, es muy difícil alcanzarla para que un escritor hábil se divierta en correr tras ella con la certeza de no llegar en último resultado sino al ridículo ó al fastidio. Habladme por el contrario de una naturaleza asaz terrible, asaz negra, asaz sangrienta; ¡eso sí que es fácil hacer, eso sí que escita los transportes! ánimo pues; el vino de Burdeos ya no os emborracha, veamos este gran vaso de aguardiente. Hasta del aguardiente hemos pasado ya; hoy nos hallamos en el espíritu de vino; no nos falta mas que beber éter puro; plegue á Dios que á fuerza de excesos no demos en el ópio.

Por otra parte ¿qué valen la copa de Rodoguna y el veneno aristotélico que sube hasta sus bordes, comparados con los regueros de sangre negra que abren un surco en el polvo, mientras que al rededor del circo hay cristianos, que sirven de antorchas á los combates nocturnos, mientras que el robusto atleta, buscando desde la arena con la última mirada el dulce cielo de la argólida, solo encuentra la ávida mirada de la vírgen romana cuya blanca y delicada mano le condena á morir? ¡El héroe de tan estraña fiesta prepara su muerte con gracia, estudia el modo de lanzar con armonía su último suspiro y de merecer una vez todavía los aplausos de la multitud satisfecha! Ah! nosotros aun no tenemos un circo semejante al de los romanos, pero tenemos la barrera del combate.

Imaginamos un recinto pobre y medio derruido, unas puertas fuertes y toscas, y un ancho patio lleno de perros de diferentes edades, con ojos rojizos y una espuma blanca pausadamente desprendida por entre sus negruzcos lábios. Habia uno sobre todo al extremo del patio, gordo, grande, repleto, arrogante todavía, pero viejo y sin dientes; parecia el hermano de un sultan separado del número de los hombres, ó un antiguo rey de los francos con la cabeza raida. Era el tal perro horroroso, tanto como Bayaceto en la jaula de su prision, con una tinta del cardenal de la Ba-

lue dentro de la suya; orgulloso y bajo, impotente y mohino, colérico y humilde, tan dispuesto á lamer como á morder; una verdadera figura de periódico ministerial. Abi teneis ya pintado el teatro entero, añadiendo en el rincon del patio trozos manidos de caballo muerto; piernas goteando sangre, entrañas despedazadas y pedazos de hígado reservados para las perras de parto. Todos estos despojos provenian en línea recta de Charenton, lugar á donde van á fenecer todos los caballos de Paris. Allí llegan atados los unos á la cola de los otros, tristes, flacos, viejos, endebles, consumidos por el trabajo y por los palos; y luego que pasan de la puerta adentro y de la cabaña de la anciana señora de aquel castillo, la cual fijos los ojos en las víctimas las vé desfilar con una arrugada sonrisa de vieja que espantaria á un muerto; se colocan en medio del patio frente á un lago de color de violeta en el que se vé nadando la sangre coagulada. Entonces comienza la carnicería: un hombre con los brazos desnudos y armado de un cuchillo, los hiere uno tras otro: caen todos silenciosamente, mueren, y despues se vende de los cadáveres todo el cuero, la crin, los cascotes, los gusanos para los faisanes del rey y la carne para los actores de la barrera del combate.

Hallábame, pues, en la barrera del combate, á la entrada del teatro, y por mi desgracia en un dia en que no habia funcion. Los ladridos de los perros habian atraido al director del teatro, hombre pequeño, seco, flaco y con cabellos rojos y claros, respirando importancia por todas sus coyunturas; con tono solemne de mando, y á la vez con muchas arrugas obsequiosas, con una rodilla muy flexible y con una espina dorsal algo encorbada. Conmigo estuvo muy atento: — No puedo, me dijo, enseñároslo todo hoy; mi oso blanco está enfermo, y el otro descansando; mi perro inglés nos devoraria á los dos; están ahora mismo cuidando á mi toro, y no me es dado hacer sino que devoren un asno, si teneis gusto en ello. — Vaya pues el asno, repliqué, y entré en el recinto silencioso, yo solito, como si hubiese asistido á un teatro dotado con rentas públicas.

Así, pues, me veja sentado en aquel sitio, sin un compañero siquiera á quien poder comunicar lo supérfluo de mis emociones, sin que al menos se hallase detras de mi un honrado carnicero escoltado por alguna buena exclamacion admirativa, capaz de electrizarme; estaba en una atmósfera de egoismo difícil de describir. Al fin abrióse una puerta y vi parecer...

¡Un pobre asno!

Robusto y arrogante habia sido sin duda, pero estaba triste y enfermo, y solo se tenia sobre tres pies: el izquierdo de delante se lo habia roto un tilburí de alquiler, y apenas así el animal habia podido arrastrarse hasta la arena del combate: os aseguro que aquello era un triste espectáculo. El desventurado asno comenzó primeramente por buscar el equilibrio; dió un paso, despues otro, despues alargó cuanto pudo la pierna derecha de delante, y despues bajó la cabeza dispuesto á todo. Al mismo tiempo cuatro



enormes perros se lanzan, se acercan, retroceden, y por último se arrojan sobre el pobre animal: destrozan su cuerpo en pedazos, le taladran con sus agudos dientes, y el atleta permanece quieto y tranquilo sin dar una coz siquiera, porque caería al suelo, y como Marco Aurelio quiere morir en pie. Presto corre la sangre, el paciente derrama lágrimas, sus pulmones se chocan entre sí, y ¡yo estaba solo! En fin, cae el asno á los gelpes, y entonces ¡miserable de mí! doy un grito agudo ¡porque acabo de encontrar un antiguo conocido!

En efecto era él.

No había otro asno sino él que tuviese debajo del cuello aquella negra cicatriz rodeada de un modo extraño de una mancha blanca armoniosamente mezclada con el color ruicio. El infeliz había desempeñado un papel demasiado importante en la carrera de mi vida, para que no estuviese presente á mi memoria el menor accidente de su naturaleza. Digno Buchí con que debía ser yo la causa de tu muerte! Hele ahí tendido en tierra, á ese que en otro tiempo había yo acariciado con mi mano cariñosa: y su ama su joven ama ¿dónde está ahora? Agitado de esta manera salté á la arena por huir mas ligero: al pasar por delante de Buchí ví qua luchaba aun bajo el peso de una horrible agonía; y lo que es mas, en uno de esos últimos saltos de la muerte que lentamente se acerca, recibí de la pierna rota del moribundo un débil golpe, un golpe inofensivo que se asemejaba á una queja dulce y tierna, al último y triste adios de un amigo ofendido que perdona.

Sin poder respirar sali de aquel fatal sitio.

Buchí, esclama, ¡con que eres tú! ¡tú muerto! tú, en otro tiempo tan retozon y tan vivo! E involuntariamente recordé tanta falaz ventura, tanta travesura inocente, tanta gracia decente y tierna como un día habían venido á mí, al trote corto, sobre el lomo de aquel pobre animal. ¡Esto es una tierna y melancólica narración! ¡Dos héroes muy diferentes sin duda, pero dos héroes sin embargo inseparables de mi libro! El uno se llamaba Buchí, como ya sabéis; el otro se llamaba Enriqueta; ahí teneis su historia: no la cuento para vosotros, me la cuento á mí solo, ¡á mí que soy el mas digno de lástima de los tres, aunque todavía libre y mas inocente que tú, mi pobre Buchí!

## CAPITULO II.

### El Buen Conejo.

Enteramente joven.

MAME. COTIN.

El día 2 de mayo hará dos años que iba yo por el camino de Vanvres enteramente entregado á la felicidad de vivir, de respirar, de sentir un aire puro, templado, circular en rededor mio; contemplando con la admiración de un niño la menor florecilla que veía abrirse, y parándome los cuartos de hora enteros á mirar los lindos molinos de viento dar vueltas con una gravedad magistral. De improviso, justamente en el recodo del camino tan mal abierto, tan estrecho, tan pedregoso y sin embargo tan querido, que guia á la taberna del Buen Conejo, ví una muchacha montada en un asno que corría desbocado. ¡Oh encantador espectáculo! Toda mi vida la hubiera estado mirando. La muchacha estaba sonrosada, animada, su estatura era alta, y su garganta luchaba con el viento; en medio de su terror había perdido su sombrero de paja, sus cabellos se movían en desorden, y gritaba con una buena voz: ¡para! Pero el maldito asno seguía corriendo, y yo le dejaba correr; agradábame aquella marcha aérea, aquel temor animado, y el riesgo que amenazaba al ginete. ¡Una muger en manos de la suerte, y la suerte en mis manos! Ella gritaba; nadie había por allí solo estábamos mi perro y yo: ¡á él Rustan! le grité. El perro corre hacia el asno, el asno se detiene de repente, la muchacha cae, ella y yo damos un grito, cójola en mis brazos, y el asno se escapa por medio de los prados.

Apenas la tenia yo en mi poder contemplándola ya como un bien que me pertenecía, cuando se levanta con rapidez y da á correr en pos de su asno: ¡Buchí! ¡Buchí! al mismo tiempo corría igualmente mi perro ladrando, pero Buchí corría mas....

Yo fui ante todo á recoger el sombrero; un sombrero de paja comun, con una cinta descolorida, una mala flor azul, y sin embargo con cierta cosa que revelaba una buena y benévola naturaleza de muchacha: ¡la muchacha estaba bien lejos de mí!

—Buchí! Buchí! gritaba ella.

Entretanto Rustan seguía corriendo detras del asno, y me le iba trayendo por el camino mas corto, precisamente por el sitio donde había caído el sombrero. Había entre su dueño y yo una línea curva muy larga; detuve pues al asno á la orilla del camino detras de un ancho espino, y mientras que la muchacha gritaba. — ¡Buchí! ¡Buchí! yo monté en el rucio, me puse el sombrero de paja, é internándome en un bosquecillo, comencé á andar al paso.

Continuaba ella gritando: — ¡Buchí! ¡Buchí! y yo hacia que sonára mucho la campanilla de Buchí, buscando algun árbol corpulento detras del cual pudiese dejarla acercarse. Llegó á la orilla del bosque mas sonrosada que antes y con una viva inquietud, pero cuando volvió á ver á su Buchí, corrió precipitadamente á abrazarle, á darle besos, y á llamarle con mil diversos nombres: — Ya estás aquí, le decia, Buchí, y dábale besos, y el animal se dejaba querer, mientras que yo, clavado sobre su lomo, no lograba una mirada, al par que inclinado hacia la muchacha habría dado mi vida para obtener uno de los tiernos besos que ella prodigaba á Buchí: Buchí absorbía todos sus pensamientos.

Al fin alzó la cabeza: — ¡ah! que está aquí mi sombrero; exclamó con acento regocijado; en seguida me miró con sus grandes y negros ojos, y viendo que no me apeaba, se sentó sobre el césped en frente de mí y del asno: se arregló el cabello, se enjugó la frente, volvió á ponerse el sombrero, soltó un gran suspiro de cansancio, y se levantó como para decirme ¡Dejad el puesto! Como parecia determinada á no dejarme por mas tiempo su asno, apeeme de él, y ella montó de un brinco.

Un latigazo con la rienda, un talonazo fuerte, y ¡andando! Jamás había yo visto muchacha mas seductora, mas risueña, mas fresca. Por lo demas, ni una palabra, ni una mirada para mí: yo fui todo ojos pero ni una palabra para ella. Y ¿que podía haberte dicho? Ella estaba toda embebecida con Buchí y su sombrero: y ademas, yo no soy de esos paseantes sin moralidad que se figuran que no hay sino una manera de tener interés por una muger, para mí hay mil maneras muy inocentes. Vosotros habláis de cogerle una mano: y ¿no es, os pregunto yo, una dicha inefable haberla visto correr, levantarse, sentarse; haberla oído llamar á Buchí; haber estado montado sobre su asno; y sentado en el mismo sitio que ella; haber cubierto mi cabeza con su sombrero de paja; haber cruzado por debajo de mi barba la cinta que había sujetado la suya; y haber estado inclinado hacia ella desde lo alto de Buchí, mientras ella le daba besos? ¿Qué estais hablando de corazon y de alma? ¿Qué es el corazon de una muger? ¿lo sabéis? ¿Qué hombre será bastante confiado para creer en la sonrisa de ellas, para prestar fé á sus juramentos? Claro esta que solo lo hará quien sea enteramente joven. Pensando y meditando así, volví al fondin del Buen Conejo, completamente poseido de mi anterior ventura.

Á mí me gusta el fondin del Buen Conejo. Le hallareis, como os decia antes, al pié de la montaña de Vanvres, dando espaldas á un molino, y hospitalariamente situado entre un patio y un jardin; el patio está á la sombra de varios árboles, y le cubre, cuando hace calor, un tápido toldo que defiende del sol á los parroquianos; este patio es por lo comun el comedor de las comadres de París que, euidándose bien poco de ser vistas, tienen gusto en mirar pasar por el camino real á los que van y vienen. Hacia el lado de estas parroquianas se dirigen incesantemente el vino fuerte, el pan bazo, el brazuelo del carnero, y la vaca asada; el jardin presta su sombra á gastrónomos menos carnívoros, muchachas y muchachos, muchachas y viejos, muchachas y militares, muchachas y gente de la curia: me admira en verdad que haya tantas muchachas en el mundo; preciso es que se multipliquen terriblemente para cubrir tantos puntos. Con las muchachas sucede lo mismo que con las liebres en el jardin del Buen Conejo.

Yo me dirigí á un rincon del jardin para sentarme solito, sin muchacha, pero en realidad señor absoluto de cuantas



veía, y que en el fondo de su alma habrían verdaderamente deseado estar en otra parte. La una no comía por haber almorzado en diferente punto; la del soldado, hambrienta, mostraba una boca ancha y vacía al aspecto de aquella hambre de cuartel; la del magistrado se impacientaba evidentemente considerando la lentitud del buen hombre, y dando al diablo aquella mandíbula sin dientes y aquel comer sin energía. En un bosquecillo mas lejano se habían refugiado un joven y su prima: diez y siete años uno y otro: Toda su comida se reducía á pan y queso; pero comían con alegría y apetito, cogiendo el pan á bocados y menudeando estos á cada instante: ¡no se logra una comida semejante dos veces en la vida!

La muchacha y Buchí no se apartaban de mi alma. Las gracias del uno, vivo, jugueton, atrevido, ligero; la hermosura de la otra, viva, traviesa, atrevida, ligera; aquellas soberbias orejas que amenazaban á los cielos, aquella sonrisa juguetona que desafiaba á la desgracia; aquel trote tan elegante y tan suave, aquella carrera tan esbelta y animada! Habíame vuelto loco el uno y la otra; además ¡se comprendían ellos también! ¡salía tan naturalmente de la boca de ella el nombre de Buchí! dichosa pareja! ni uno ni otro habían parado en mí absolutamente la atención; á mí, que con tanto ardor los había seguido, que los amaba tanto, no me habían mirado siquiera. Volvíme del paseo por el camino mas corto, sin mirar ya ni la yerba naciente, ni los molinos de viento, ni nada de aquel bello paisaje que me distraía por la mañana; sentíame triste, incomodado, como un hombre sorprendido de hallarse solo. Un incidente vino á sacarme de mi enagenación. Pasaba yo al lado de un tosco campesino, de un rústico en toda la fuerza del término, que caminaba detrás de un vil borrico cargado de estiércol, al cual el conductor apaleaba sin piedad, cuando le oigo decir: ¡Toma, Buchí! Buchí! me vuelvo, miro, infeliz! era él; él, encorbado bajo aquel infame peso! él, que poco antes caracoleaba bajo aquella ideal figura! á él estiércol y palos! Qué repentina transición! qué metamorfosis inesperada! Pasé por delante de Buchí, echándole una mirada de compasión que él me volvió como pudo; y fui desgraciado durante ocho días: aquella muchacha y aquel rústico, y aquel estiércol sobre el mismo lomo! y luego, ¡no sé qué triste presentimiento sobre el porvenir de la linda campesina!

En vano, despues de haberme tranquilizado un poco, respecto de la aventura, me empeñé en pasear todos los días los alrededores de Vanvres y del Buen Conejo, en vano fui con frecuencia á sentarme al pié del espino que la vió caer: encontré muchos asnos y muchas muchachas, pero ¡ninguno era Enriqueta ni Buchí!

### CAPITULO III.

#### Los sistemas.

La desgracia es una musa.

YONG.

Desde aquel día comencé á ponerme triste: la nueva poesía lo invadía todo, y no sé que reflejo tenebroso de una pasión á lo Werther se apoderó repentinamente de mí, ello es que ya no fui el mismo que antes. Entonces alegre, jovial y resuelto; ahora triste, silencioso y pausado; amigo en otro tiempo del regocijo, de las carcajadas y de una arrebatada canción de Baco, mientras que con los dos codos apoyados sobre la mesa me estrechaba, sin pensarlo, contra un talle femenino artísticamente redondeado y empujaba furtivamente con el pié derecho un piececito que no lo advertía; y huyendo ahora de la mesa por estar solo, huyendo de una canción alegre por buscar el drama... y ¡Dios sabe qué drama! Yo, que estoy hablando, los he compuesto terribles; el primer acto os hubiera parecido el quinto, tanta sangre había en él! En este género he hecho descubrimientos inmensos, he hallado al dolor un nuevo filon: hay en ello una historia entera, una cadena variada de gradaciones insensibles y sin embargo perfectamente distintas; un Olimpo que me he construido yo mismo, amontonando los vicios sobre los crímenes y la infección física sobre la bajeza moral, desollado á la naturaleza á fin de que

privada de su piel blanca, tersa y cubierta del encarnado suave y del colorado terciopelo del abridor, puedan verse sus complicados vasos, su sangre que circula, y sus arterias que se cruzan en todos sentidos! y á fin de que se pueda oír al corazón lanzar un sonido cavernoso dentro del pecho; en una palabra un viviente desollado. Figuráos la operación: un hombre fuerte y joven todavía, tendido sobre una ancha piedra negra, y dos verdugos prácticos que le arrancan la piel caliente y sangrienta como la de una liebre, sin rasgar una sola tira. Tal es la naturaleza escogida por mí; la verdad tratada como las demas cosas, la verdad desnuda como la decía el misántropo Timon.

Por desgracia no se llega fácilmente á un resultado tan completo: se necesita mas tiempo, mas cuidado, mas atención escrupulosa y firme de lo que ordinariamente se cree para llegar á completar así las sensaciones, á marchitar del todo la sencillez inocente del alma. Yo, sobre todo, que de muy joven me complacía en leer á Fontenelle y á Segrais, me acuerdo mucho, que aquellos pastores con camisas de batista, aquellas pastoras con abuecadores, aquellos corderos con polvos, aquellos cayados adornados de cintas de color de rosa, aquellos prados en forma de sofás, aquel sol que no empañaba el rostro, aquel cielo sin lluvias, me hacían pasar momentos de éstasis indecible: también me gustaban mucho la *Galatea* de Virgilio, los *dos Pescadores* de Teócrito y la comedia deliciosa de las dos mugeres de Atenas. Perdonadme, entonces mis ideas eran falsas. En efecto ¿qué es un pastor? un infeliz andrajoso que se muere de hambre, y gana un real diario por conducir unas cuantas ovejas sanas á lo largo de un camino real. ¿Qué es una pastora? un gran pedazo de carne que tiene la cara hermeja, las manos morenas, los cabellos mugrientos y que huele á manteca y ajo. Teócrito y Virgilio han mentido: ánimo pues, y, mediante á que es preciso, demos el beso de paz á esa naturaleza que acabamos de descubrir.

Por otra parte, todo consiste en saber manejarse; una mano estrechada oportunamente, una mirada lanzada en su tiempo y lugar, un suspiro bien aplicado, hacen las mas veces adelantar mucho en una intriga de amor. En cuanto á mí, la primera vez que cogí la mano á esa naturaleza fué en la Morgue, (1) y como debéis pensar, antes de llegar á semejante atrevimiento, le habían hecho por mucho tiempo la corte.

En primer lugar, había renunciado al campo, á las flores, á Vanvres, al Buen Conejo, y á aquel camino monótono por donde yo paseaba venturoso, sin ver que mi ventura era vieja, como la primera primavera de este mundo. En seguida, me puse á mirar la naturaleza bajo un aspecto enteramente contrario: cambié de anteojo nada mas, y en efecto ví cosas horribles. Así al principio, cuando por la mañana me ponía á la ventana con la cabeza cubierta del blanco algodón coronado de una borla, y con los ojos todavía pesados á consecuencia de un sabroso y profundo sueño que he perdido despues, mi engañada vista tenía la costumbre de no percibir en el primer movimiento de una ciudad que se despierta, si no una paz inocente. Yo interrogaba al vasto palacio cuyas anchas puertas comenzaban apenas á abrirse, describía con el pensamiento sus dobles cortinas blancas y encarnadas; me figuraba ver sobre la brillante alfombra de Aubuson la linda babucha amarilla, el hermoso manton de Cachemira dejado con indiferencia sobre el sofá, y en la cama suntuosa una duquesa joven sumergida en un sueño tan risueño como ella y sin querer despertar por acabar el sueño demasiado breve de la noche. Mas arriba veía á una muchacha de la clase obrera, dentro de su buardilla, ocupada en su tocado delante de la ventana: su primer cuidado era recoger sus largos cabellos con un peine de cuerno de puas desiguales, en seguida cubrir su cabeza con su redonda cofia de las costureras, y despues de haberse mirado por última vez en un fragmento de espejo, encaminarse alegremente al taller. A mis pies

(1) Morgue palabra francesa, de origen griego, significa aquí el lugar donde son espuestos para su reconocimiento los cadáveres de los que mueren desgraciadamente: espero se disimulará la libertad de analizar la palabra, por no haber equivalente en nuestro idioma.



el viejo solleron con su puchero en la mano cedia el paso á la criada joven, mientras que la lechera aguardaba en medio de ambos para despacharlos, teniendo á la espalda su carrillo y su mastin; despues llegaba un pobre, todavia fresco, recogiendo una abundante limosna; y á lo lejos percibia á la innoble cortesana, pálida, vaga munda, con el traje en desórden, entrando furtivamente en su aposento. Cada mañana gozaba yo durante una hora de esta insípida felicidad, despues de lo cual regaba mis claveles, cortaba mis rosas, y me ponía á leer alguna obra maestra de los autores antiguos. Así pues yo era un hombre incompleto, un hombre perdido, sino hubiese caído en la cuenta, sino hubiese encontrado á la joven Enriqueta sobre un asno, ó inmediatamente despues al asno bajo una carga de estiércol. (1)

(Se continuará.)

EN UN ALBUM.

## PLACER Y DOLOR.

Porqué murió para el placer mi alma  
y vive aun para el dolor impío?  
ESPRONCEDA.

Dos sendas ofrece al hombre el mundo, sinuosas en extremo como si una serpiente monstruo las hubiera delineado arrastrando su pecho por el polvo—su aspecto es muy diverso.—Dos corrientes inundan el limitado terreno de la vida sobre el inmensurable espacio del pensamiento, agitando sus inmensas superficies, como dos cendales que velan dos corazones palpitantes de grandes y opuestas emociones. Su direccion es del todo contraria—pero allá lejos... muy lejos, una nube densa extendida sobre los bordes de un abismo, oculta el puesto en que las aguas por encontrados caminos van á perderse y confundirse.

Esas dos sendas trilladas por la serpiente, esas dos corrientes como dos corazones son el placer la una, la otra el dolor; la una mentida existencia, muerte verdadera la otra; luz la una, la otra tinieblas...

El placer llega á nosotros, como acoge la playa los últimos despojos de un naufragio esparcidos sobre las olas del Océano, como conserva hasta nosotros la tierra los hacinados elementos, postreros caracteres de las lejanas revoluciones que la conmovieron—El placer es el último destello de la demencia humana; es un vago recuerdo del paraíso perdido que tortura constantemente la pobre imaginación, un recuerdo seductor posado en la helada frente del hombre—ardoroso como una lágrima de amor depuesta sobre las frias cenizas de nuestro ídolo primitivo, y agudo como si fuera un cuervo tenaz que con el pico se afanase en taladrar los huesos de su cráneo.—De entre esas espinas, sin embargo, brota una flor, una ilusión nacarada; porque el hombre siente necesidad de dicha, siente necesidad de mentir placeres, de ostentar serenidad imperturbable en el borde de un vertiginoso derrumbadero. He aquí porque piensa en el paraíso y se esfuerza en columbrarlo, en sacarlo de la nada que lo absorbió apenas creado, en darle cuerpo con su sarcástico *fiat* colocándolo al traves de siglos y generaciones, ante su vista, junto á el, en su mismo corazon....

—Oh!! vosotros sus hermanos no le disperteis; dejadle flotando vagaroso entre sus ensueños, como la mariposa entre los áromas de una mañana de estio, harto fugaz por desdicha; dejadle que entreteja como la araña la tela de finisimos y matizados hilos, que ha de envolver al fin sus miembros ó quisa de sudario.—No sabeis lo que es dis-

(1) Creemos que no desagradará á nuestros lectores esta novela escrita por el célebre folletínista de los *Debates* Julio Janin; el único inconveniente que hubiera podido retraernos que es el de ser algo larga, desaparece considerando que la *Estrella Balaer* ha de ser con el tiempo un volumen donde se encontrará reunido lo que ahora aparece en fragmentos. Por lo demas, el interés en que abunda y el fin moral que el autor se propone, bastaria para recomendarla, si el nombre de Mr. Janin no fuese ya por sí bastante recomendación.

pertar á uno mientras goza lo mas real de la vida, lo mas dulce de su reposado sueño?... Oh! por piedad, por piedad no le toqueis!—No os aproximéis á ese dorado espejo que tiene delante, porque vuestras sombras opacas se proyectaran sobre el cristal, y el cristal no le reflejará mas la encantadora imagen de su mentida felicidad.

Destilad, si, en sus entreabiertos lábios una gota mas de narcótico benigno, que acumule sueño sobre sueño; danzad en redor de él como las Huries mientras duerme su profeta, arrulladle afanosamente cantos dulcísimos acompañados de harpas de marfil, entonadle himnos de alabanza que se ensanchen y difundan sobre sus formas, cual vaporosa nube preñada de resplandeciente luz, y meced sus sentidos con el aura de la gloria.

—Y el que no tenga en sus labios palpitantes un victor de entusiasmo para la gloria, sienta en cada latido de su corazon el frio yermador del desengaño.

Mis labios no tienen el menor movimiento como una noche sin brisa, mi corazon está seco cual una laguna en el desierto, mis victores son gemidos, son mis cantos sombríos como la tumba y helados como el desengaño.

—Oh! harto siento su frio yermador! el desengaño ha cortado mis ilusiones, como el ay! de la víctima es sofocado por la sangre que se hiela en su garganta—y luchando con mi corazon de niño,—todo vida, esperanza todo—he llegado á percibir una vívora enroscada en el lirio mas puro.—Mi pensamiento se ha emancipado del artificio fascinador de las insomnes hechiceras, que velan constantemente la cuna del hombre; mi corazon ha sacudido su pesado sueño, como el fogoso bridon oriental levanta la cabeza en medio de la incalculable velocidad de su carrera, y sacude hácia atrás las entrelazadas crines que caian en forma de negro velo sobre sus ojos; mi existencia se ha levantado sobre la jaspeada losa de la ilusion, al eco desgarrador de la trompeta de la realidad.

—Y mis ojos se han abierto... se han abierto y la pagina del libro mundanal—llena de animacion, lleno de vida y entusiasmo—se ha plegado ante mis afanosas miradas, como en avanzada hora de la noche se arruga sobre las facciones de una niña, la careta marchitada por las ardientes emanaciones de la orgia.—Ay de mí que fué del mundo?

—Habeis dormido una noche en la miserable cabaña de un pescador, edificada sobre una colina marítima? y no ha llegado á vuestros oídos al traves de las ruinosas paredes, el murmullo confuso articulado apenas, de las olas que medio dormidas se lanzan en brazos de la playa?—Ved ahí cuanto percibe mi alma de ese mundo que me besó en la frente al nacer—solo un recuerdo maldito, la última vibración de un canto que pasó. El mundo de ahora es para mí el esqueleto de la muger mas hermosa—demonio de la seducción disfrazado ayer con las alas de un ángel, ha arrojado hoy lejos de sí su mentida vestidura y se ha convertido en demonio del tormento.

Oh! dormir, dormir, siempre es la suprema felicidad para el hombre; despertar es padecer lo que se padece en el infierno.

He referido á mis hermanos una por una las dolencias de mi alma, he hecho resonar en sus oídos la entutada lira del dolor mas acerbo, y las cuerdas se han roto por la prolongada agitacion y mis hermanos no me han comprendido.—El peregrino infeliz, que arrastrado de ciudad en ciudad, de palacio en palacio por el impetuoso forbellino del infortunio, ha elevado hasta el arteson de los salones la voz doliente de la plegaria, no halla tampoco un eco á sus acentos y emprende de nuevo su violenta carrera, murmurando entre palabras de sacrosanta resignacion—Oh! mis hermanos no me han oído!.....

—El que no tenga una lágrima de compasion en sus pupilas, doble con su mano esta hoja; huelle con su planta esa flor marchita que se le opone al paso y siga su camino.

ANTONIO MENENDEZ.